

La reconstrucción del pensamiento democrático bajo (contra) el régimen franquista

Elías Díaz

En un encuentro de trabajo como éste sobre intelectuales y franquismo, en el que se propone someter a reconsideración crítica el entero periodo de la dictadura (1939-1975) —con ponencias que entran ya incluso en los primeros años de la transición y con una apelación a los allí denominados como “los nuevos maestros” —, me parece que no es para nada inoportuno sino más bien del todo necesario volver a resaltar en estas páginas las conexiones de fondo existentes entre la cultura de la oposición (al franquismo) y la cultura de la transición (a la democracia). Los intelectuales, las gentes de la cultura, fundamentalmente a partir, como símbolo, de 1956 propusieron y llevaron adelante tareas y aportaciones válidas para esa lucha contra la dictadura y la consecuente recuperación y reconstrucción de la democracia. A algunos de esos trabajos y esfuerzos quiero yo referirme aquí de manera expresa y muy resumida sin olvidar las ayudas habidas desde años anteriores.

Tienen, pues, mucho que ver entre sí —hablo de la España de estos últimos decenios— la cultura en la oposición (a la dictadura) y la cultura en la transición (a la democracia). La primera está más unida frente al enemigo común; en la segunda —sin descuidar lo anterior— se acentúan la autocrítica y la pluralidad; aquélla, aunque también con momentos de cansancio y desánimo (fueron casi cuarenta años de “esperar”), se manifiesta más expectante e ilusionada ante lo que acabará por llegar; en ésta, a medida que se iba haciendo real, surgieron a su vez desencantos y abandonos ante las insuficiencias, las distorsiones o las imperfecciones de esa misma realidad. Pero, a mi juicio lo mejor de una y otra de esas culturas —la de la oposición y la de la transición— profundamente vinculadas entre sí, se reencuentran y se recuperan, a pesar de todo, en las diversas potencialidades, incluidas por supuesto las muy críticas y autocríticas, de la democracia actual.

En un plano más general, sería así igualmente verdad que no se puede en modo alguno entender lo ocurrido en nuestro país desde 1975, desde la muerte de Franco, si no se conoce lo que tanto en el campo de la política y la cultura como en el de las luchas sociales y los cambios económicos, había ido teniendo lugar como avances y conquistas por la libertad y por la democracia a lo largo de esos casi cuarenta años frente al régimen dictatorial impuesto como resultado de la guerra civil. Tendría en este sentido que comenzar yo aquí reenviando a mi libro *Pensamiento español en la era de Franco*, en el que traté precisamente de destacar —con amplia comprensión que ahora es fácil y cómodo censurar— las principales aportaciones que para esos fundamentales objetivos cívicos fueron poco a poco, penosamente y con grandes esfuerzos, lográndose desde 1939 a 1975. Esfuerzos, junto a otros, a través también del trabajo intelectual, a través de la influencia, limitada pero eficaz, del pensamiento, la filosofía y las ciencias sociales, o de los

mismos movimientos estudiantiles universitarios, en una interrelación en definitiva siempre ineliminable y constante entre cultura y política o, si se prefiere (desde otra perspectiva), entre ideología y sociedad¹.

Esas aportaciones de carácter intelectual (cultural) y, sobre todo, aquellas luchas sociales y sindicales, también las crecientes demandas de modernización, unidas al desarrollo económico, de amplios sectores de las nuevas clases medias, de profesionales y de técnicos, fueron los factores de base que, junto con la decisiva colaboración de la institución monárquica, hicieron después posible el cambio, la «ruptura-pactada», la vía de consenso y de reforma para la democracia que traería consigo las primeras elecciones libres en 1977 y, en seguida, la Constitución de 1978. Lo que estoy en consecuencia señalando es que hubo, a mi parecer, una fuerte línea de continuidad y de relación causa-efecto entre la oposición a la dictadura, antes de 1975, y el cambio a la democracia que va efectivamente lográndose después de esa fecha; y que, por tanto, sin conocer aquélla no es posible entender ésta. No hubo, pues, ningún sorprendente “milagro”, aunque tampoco ninguna absoluta y determinista necesidad histórica; y desde luego que a todo ese proceso de transición coadyuvaron asimismo otras plurales fuerzas e instancias de carácter nacional e internacional como, por ejemplo, la evolución de algunos sectores y jerarquías de la Iglesia católica o la favorable actitud de las potencias occidentales, sin cuya anuencia probablemente todo hubiera sido no imposible pero sí más difícil, traumático y complicado de conseguir.

En el campo de la cultura, la transición empezó mucho antes de 1975-1976. Hubo desde el principio entre los vencidos, desde el final mismo de la guerra civil, una cultura —oral y escrita— de resistencia duramente perseguida y reprimida pero que, con grandes esfuerzos y sacrificios, seguía operando en la clandestinidad. Sería ya después, en los años cincuenta, cuando una cultura democrática —aunque siempre de manera muy matizada, disimulada y moderada— pueda de nuevo comenzar a manifestarse y a actuar, ilegalmente, con alguna mayor presencia pública y social. Son ya también, en no pocos casos, hijos de los vencedores que no quieren tener nada que ver con la dictadura siniestra y falaz: el símbolo, como ya he dicho, podría ser 1956, con una difusa extensión y preparación que iría más allá de los conocidos sucesos de febrero de aquel año en la Universidad de Madrid².

Lo que hay antes de esas fechas (1951-1956) en el mundo universitario, e incluso intelectual, son más bien —en esas muy duras condiciones de la clandestinidad— los últimos rescoldos y resistencias de la República y de la prolongación no violenta de la guerra civil (no hablo aquí de la guerrilla armada que trajo en jaque al régimen durante algunos años más). En ese clima de supervivencia y de reconstrucción socialista, comunista, anarquista o liberal sin más, habría que recordar en esos primeros años a la Unión de Intelectuales Libres que, desde mediados de los cuarenta, reunió a hombres como Rafael Guisasaola,

¹ DÍAZ, Elías, *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*, Madrid, Edicusa, 1973.

² Ver los documentos editados por MESA, Roberto, *Jaraneros y alborotadores*, Madrid, UCM, 1982.

Antonio Rodríguez Moñino, Manuel Tuñón de Lara, Jorge Campos o Vicente Aguilera Cerni, entre otros³. Después, en 1946-1947 fundamentalmente, estaría el difícil intento de vuelta de la Federación Universitaria Escolar (FUE), que había sido tan activa desde 1927 en los momentos previos y en los acontecimientos centrales del quinquenio republicano bajo la dirección de Antonio María Sbert. Sobre su actuación en la posguerra reenviaría aquí a los artículos de Luis Rubio Chamorro y Javier Pradera; señala así éste:

«La FUE significó el intento de propagar en las aulas universitarias los ideales derrotados en la guerra civil que otros militantes defendían en las fábricas o en las serranías. La represión policial desbarató la organización clandestina estudiantil en 1947 y la oposición universitaria entraría en hibernación durante casi diez años»⁴.

También el profesor José Luis L. Aranguren remarcaba desde su peculiar talante personal, es decir, de manera cáustica y más bien restrictiva, la conexión existente entre esa cultura de la oposición —que él, como pocos, tanto contribuyó en su día a construir y difundir— y esa cultura de la transición, siempre por él bajo vigilancia y auscultación crítica, y autocrítica, ejercida por lo demás sin excesivas conmisericordias. Señala así: «Para hablar con rigor, hay que decir que la salida cultural del franquismo se adelantó en mucho a su salida política y que, por tanto, culturalmente, se vivía ya, desde 1970 desde luego y, sin exageración, desde 1965, en un régimen de transición, de espera, aún cuando la transición política no empezara a acaecer hasta fines de 1975». Yendo incluso más atrás, a esos años cincuenta y sesenta, se refiere cuando dice que «toda la cultura de la época fue antifranquista. Pero —no deja de observar con implicaciones que, aunque no explícitamente, se tienen muy en cuenta aquí— a su modo *también* la cultura antifranquista quedaba determinada por el franquismo». Concluye en todo caso Aranguren: «No puede extrañarnos el hecho, reiteradamente constatado, de que una cultura posfranquista emergiese, como única cultura viva de la España de entonces, desde mucho antes de la desaparición política del franquismo»⁵.

³ JÁUREGUI, Fernando y VEGA, Pedro DE, *Crónica del antifranquismo*, Barcelona, Argos Vergara, 1983, tomo I, pp. 80 y ss.

⁴ Ambos artículos publicados en *El País*: RUBIO CHAMORRO, Luis, “Un antecedente histórico. La Federación Universitaria Escolar, precursora de la contestación en las aulas españolas” (31-I-1989) y PRADERA, Javier, “Memoria de un tiempo difícil. Un libro testimonial sobre la primera oposición al régimen de Franco” (18-VI-1989) a propósito de la reedición de la obra *Otros hombres* de Manuel Lamana, que junto con Carmelo Socia, Nicolás Sánchez Albornoz y otros, trabajaron por entonces en ese retorno y potenciación de dicha organización universitaria.

⁵ ARANGUREN, José Luis L., en B. Oltra (coord.), *Dibujo de España*, Alicante, Instituto “Juan Gil-Albert”, 1987, pp. 90 y 92. No olvida aquél excluir, por supuesto, de esa auténtica cultura antifranquista «algunas manifestaciones culturales falangistas de la primera

Eso es lo que creo que hay que destacar, lo que no sería justo desconocer (los más jóvenes) u olvidar, por muy diferentes razones o sinrazones, quienes lo vieron o, al menos, quienes oyeron hablar o debieron oír: la existencia bajo el franquismo de una cultura (oral o escrita) de resistencia y de oposición que (en los inicios con muy graves dificultades de persecución y de constante humillación, y siempre hasta el final en la ilegalidad) contribuyó muy decisivamente a la reconstrucción de la democracia en nuestro país. Esto, guste o no guste, fue así. Hubo intelectuales, en el sentido amplio de la palabra, hombres del mundo de la cultura, de la ciencia, del arte o la literatura, que se enfrentaron con uno u otro grado de decisión y valor cívico al poder (al poder del dictador y sus acólitos) exigiendo su democrática devolución al pueblo, a la soberanía popular. Lo ha vuelto a recordar recientemente alguien que lo vivió, que luchó por ello y que no cree que sea bueno dejarlo olvidar (y concuerdo con él); me refiero ahora en concreto, pero habría otros muchos testimonios más, a lo que ha dejado escrito el desaparecido Manuel Vázquez Montalbán reenlazando con otros viejos textos suyos sobre estas cuestiones:

«La lucha contra el franquismo desde el estamento intelectual fue un empeño por la reconstrucción de la razón frente a todos los irracionalismos que sostenían la quimera de la cultura autárquica. Recuperar la memoria heterodoxa y vencida; reconstruir una vanguardia crítica asesinada, exiliada o aterrorizada como consecuencia de la guerra; todo eso se hizo tozuda y precariamente primero en el contexto de un país aterrorizado y luego en el marco de un país voluntariamente desmemoriado [...] Aquella oposición, con todos sus matices ideológicos, tenía una cultura porque tenía una conciencia del cambio caracterizada por la negación de todas las miserias de un poder miserable»⁶.

Las fuerzas del trabajo y la cultura: las que con el tiempo –en los años cuarenta, creo– pasarían a denominarse así, fueron casi desde el principio, y por ese orden, los dos ejes básicos de la oposición a la dictadura. Aunque la cultura es siempre mucho más que la simple enumeración de libros, revistas, escritores, obras artísticas o cursos de profesores, es en este sentido más restrictivo (que permitía diferenciarla, por ejemplo, de las “fuerzas del trabajo”) en el que está hablando aquí en cuanto oposición intelectual que se inicia propiamente en los años cincuenta tras las anteriores huelgas y protestas de amplios sectores de la clase obrera. Y una vez más habría que reafirmar que el contexto que conduce a 1956 puede muy bien ser considerado como símbolo destacado del inicio de tal oposición, y de recuperación del pensamiento democrático.

hora, especialmente las del importante y paradójico ‘falangismo liberal’ como yo –reconozco sin ambages Aranguren- lo he denominado».

⁶ VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, “Sobre la memoria de la oposición antifranquista”, *El País*, 26-X-1988.

Hay, así, con todas las matizaciones y reducciones que se quieran, una generación universitaria e intelectual del 56, la primera en el interior que expresa un muy claro y rotundo despegue político y cultural respecto del régimen totalitario del general. Situándose justamente dentro de ella, escribe desde esa perspectiva, y en mi opinión con plena razón, Raúl Morodo: «Nuestra generación, que nace y se desarrolla en el franquismo, es, así, una generación que prepara la transición política que comienza en 1975»⁷. Es necesario insistir hoy en este hecho, dentro de una dimensión más comprensiva y global, conectando como se viene haciendo o proponiendo aquí –de forma inseparable, aunque nunca acrítica, ni mecánica ni lineal– entre la cultura de la oposición y la cultura de la transición. Sin conocer y sin comprender todo el trabajo, intelectual y político, además de sindical y de lucha obrera, llevado a cabo en difíciles condiciones durante todos esos largos años del franquismo para reconstruir una cultura y una praxis democrática, difícilmente podrá entenderse el paso, en tan breve espacio de tiempo, de la dictadura a la democracia una vez acaecido en 1975 el tan decisivo y esperado “hecho biológico”. Quien desconozca u olvide esa historia de la resistencia democrática y de lucha por la libertad –en algunos heroica, en otros, los más, de simple pero necesaria supervivencia ética y hasta racional– no podrá entender sino como “milagro” lo acaecido en nuestro país en estos últimos años. O, casi peor, “*more* funcionalista”, tenderá a explicarlo –secularizando el “milagro”– como producto exclusivo, natural, espontáneo e, incluso, voluntariamente buscado, del economicismo tecnocrático y franquista que detenta todo el poder a lo largo de los años sesenta y ya hasta el mismo final⁸.

Asumiendo esta memoria histórica, yo sólo pretendo resaltar aquí algunos de los componentes concretos de esa que puede denominarse cultura democrática de la oposición resultado de ese trabajo de los intelectuales bajo (contra) el franquismo. Se trata de especificar, pues, algunos de los principales logros y conquistas arrancadas a la dictadura, que ni desde el punto de vista político ni científico sería justo olvidar o infravalorar. ¿Qué ha aportado, en definitiva, después de 1939 ese trabajo de los intelectuales, esa cultura de oposición, ese pensamiento crítico, heterodoxo, liberal, democrático, pluralmente socialista, digamos que genéricamente de izquierdas? ¿Y cómo tendrían que ser prolongadas o modificadas tales conquistas, y qué nuevas cuestiones se han planteado, en condiciones mucho más favorables, después de 1975? Conocer mejor todo ello implica comprender mucho más a fondo la transición, sus potencialidades y sus limitaciones, y también la democracia en sus avances y problemas actuales. Ante las hoy no infrecuentes y cómodas relecturas reduccionistas y/o justicialistas de todo aquello, hablaré de algunos rasgos específicos de esa doble histórica situación,

⁷ MORODO, Raúl, *Por una sociedad democrática y progresista*, Madrid, Turner, 1982, p. 13; e id., *Atando cabos. Memorias de un conspirador moderado*, Madrid, Taurus, 2001.

⁸ De la crítica a esas y otras ideologías de la transición me ocupé en buena parte de los artículos que componen mi libro *La transición a la democracia. Claves ideológicas (1976-1986)*, Madrid, Eudema, 1987; después también, de manera más sistemática, en *Ética contra política. Los intelectuales y el poder*, Madrid, CEC, 1990.

resultando por tanto las principales aportaciones de la cultura en la oposición a la dictadura que lo serán también de la transición a la democracia.

a) Entre esas aportaciones, en primer lugar, habría precisamente que anotar y resaltar la lucha por la recuperación de la libertad, de las libertades negadas por la dictadura. Los vencidos (perseguidos, encarcelados o en el exilio) nunca renunciaron a hacer de aquélla nuevamente una realidad. Y el trabajo intelectual casi desde el principio, aunque de manera minoritaria y más o menos moderada o simulada (o aunque fuese a veces sólo en forma de testimonio, incluso de utopía íntima), contribuyó asimismo de manera muy positiva a esa tarea. Para ello –recuérdese– había que asumir riesgos, muy grandes en la inmediata posguerra y “tomarse la libertad” que desde arriba no se concedía ni se permitía. Pero en un plano, digamos, más público o profesional, cabe preguntar: ¿era posible en esas condiciones la creación intelectual? Es cierto que la libertad de pensamiento constituye el requisito básico general, el elemento fundamental y el medio más adecuado y favorable para dicho trabajo, para la creación científica y cultural o artística, para una filosofía no exclusivamente académica y erudita sino entendida como conciencia crítica de la sociedad. Sin una imprescindible “zona mínima” de libertad nada es posible, en efecto, en el mundo de la cultura (ni tampoco en otros mundos). Se podrá pensar, desde luego, aún sin libertad, e incluso eso se verá afectado, pero faltará o será muy débil en todo caso la necesaria comunicación pública o, al menos, interpersonal.

Sin embargo, y a pesar de ello, cabe decir que la actividad intelectual no es solo, ni siempre, resultado mecánico de una previa libertad política concretada aquí como libertad de expresión. Una y otra –aunque no sea esto, claro está, lo deseable– pueden darse disociadas. La libertad ha sido siempre en la historia una conquista y puede también accederse a ella a través del esfuerzo intelectual, abriéndose tal camino, ganando espacios de libertad por medio de la inteligencia, la razón, el convencimiento, la reflexión, la crítica y, en la medida de lo posible, el diálogo. En los regímenes sin libertad, frente a la dogmática cultural oficial, resulta a la postre imposible parar el surgimiento de culturas de resistencia, de contestación o de oposición más o menos clandestinas u ocultas, impulsadas precisamente por la rebeldía o el no conformismo ante tal fundamental carencia. En esas situaciones, pues, la libertad aparece más bien como un resultado y no tanto como un absoluto presupuesto previo de ese trabajo intelectual.

En España, a lo largo de todos estos años (cincuenta y sesenta) –en mucho menor medida, claro está, al principio– se dieron importantes, aunque siempre limitados, ejemplos de escritores, poetas, filósofos, novelistas, científicos (los nombres están en mi libro ya citado aquí) que, como “intelectuales comprometidos” y en esas difíciles condiciones del régimen dictatorial, lucharon a su modo por la libertad, especialmente contra las ausencias más perentorias de ella en esos momentos: por la libertad de opinión y de expresión del pensamiento, por la libertad crítica contra la censura y las autocensuras, por el pluralismo ideológico y político y, en conclusión, por las libertades cívicas y democráticas.

Junto a ello hubo también, entonces y después, un trabajo de profundización orientado, en las más avanzadas posiciones culturales y sociales, hacia el consecuente pero siempre inalcanzado objetivo de lograr, con exigencias de universalidad, una más real y efectiva liberación —expresión plena de la libertad— para todos los seres humanos frente a las muy diversas formas de opresión y de explotación política o económica. Así, la libertad exigía igualdad, es decir, igual libertad e igualdad real sin negar para nada el legítimo derecho a la diferencia, a la no uniformidad. Pero sobre la base de esas exigencias, lo cierto es que sólo después de 1975 fue posible la legalización e institucionalización democrática de esa gradual recuperación de la libertad⁹.

b) Ha habido de modo paralelo a lo largo de todo ese tiempo un esfuerzo y un trabajo —de especial incumbencia y responsabilidad, claro está, para la filosofía y para las ciencias sociales— orientado de manera más o menos directa o intuitiva a la búsqueda y el propósito de lograr una verdadera “reconstrucción de la razón”. Lo que había dejado la guerra era degradación, destrucción, humillaciones sin fin, empobrecimiento cultural (y material). Ante ello, con apoyos en las creaciones del exilio y de otros ámbitos culturales, esa razón se ejerce intentando abrirse camino, en un mundo hostil, frente a la entronización oficial de los más tradicionales recelos y los ancestrales prejuicios anti intelectuales del catolicismo hispánico o contra irracionalismos más o menos místicos o vulgares, legitimadores vergonzantes de todas las injusticias y arbitrariedades, cuando no de inspiración directamente totalitaria y fascista. Es decir, frente a todos los dogmatismos religiosos y políticos de la época, contra el odio a la inteligencia sin más. Pero tiempos después, la razón en reconstrucción se articulará también, de manera ya más compleja, como necesaria crítica a las “racionalizaciones” tecnocráticas de los años sesenta, pretendidamente desideologizadas, cuya influencia llega prácticamente hasta nuestros mismos días con el imperio universal del pensamiento único, de una razón funcional y “puramente” instrumental¹⁰.

Es una larga historia la de esa labor intelectual llevada a cabo por minorías activas pero cada vez más mayoritarias, entre 1939 y 1975, como cultura crítica, plural y de oposición frente a ese régimen dictatorial, totalitario-ideológico en sus primeras fases, autoritario-tecnocrático en las finales, pero siempre y en todo momento profundamente antiliberal y antidemocrático.

Cabría diferenciar en esa cultura crítica las siguientes etapas o vías de antagonismo con dicha cultura oficial: una primera, de 1939 a 1945, que va del fin de la guerra civil al fin de la mundial, desde la ruptura violenta de la vida intelectual española hasta el inicio del declive de la cultura imperial totalitaria; entre otras fuentes, con algunas diferencias y distancias entre los vencedores, la revista *Escorial*

⁹ Reenvío a mi trabajo “Socialismo democrático: instituciones políticas y movimientos sociales”, *Revista de Estudios Políticos*, 62 (1988) que, revisado, ha sido incorporado a la obra *Ética contra política* citada.

¹⁰ Para esta crítica ver, entre otras, las obras ya clásicas de MUGUERZA, Javier, *La razón sin esperanza*, Madrid, Taurus, 1977, y QUINTANILLA, Miguel A., *A favor de la razón. Ensayos de filosofía moral*, Madrid, Taurus, 1981.

y la *Revista de Estudios Políticos* serían en ella algunos de los documentos a considerar. En una segunda fase (1945-1951), de aislamiento internacional del régimen franquista, pero enseguida, antes incluso de la «guerra fría», con interesado reconocimiento, tiene lugar un débil comienzo de “recuperación”, por un lado, y de intento de parcial “integración”, por otro, de algunas tendencias y figuras intelectuales liberales de la España anterior: así, Ortega y Gasset que vuelve a Madrid en 1945, o la generación del 98 (excluyéndose mucho, sin embargo, de uno y otra). La revista *Índice* y, sobre todo, *Ínsula*, así como las polémicas dentro de esa cultura oficial –dentro del “bloque dominante”, se dirá después– entre «excluyentes» integristas y «comprensivos» integradores –como los calificará Ridruejo– serán, con el Instituto de Humanidades que Ortega y Marías fundan en 1948, los momentos principales para, en relación con lo anterior, una muy limitada apertura de la cultura en la España de esos años.

Esa mínima, sucinta, apertura cultural cobra mucha mayor fuerza y extensión en los años (tercera etapa) que van de 1951 al, aquí tan mencionado, 1956. La política del ministerio Ruiz-Giménez comienza a impulsar, a pesar de todas las limitaciones e insuficiencias del marco general e incluso de su concreta perspectiva personal de entonces, una sincera liberalización intelectual que abre paso, entre otras cosas, a un primer diálogo con el exilio y a una interesante renovación en la universidad: se incorporan profesores antes postergados y aumentan las posibilidades de comunicación intelectual con el exterior. Todo ello habría de contribuir, sin duda, a potenciar esa ya mencionada toma de conciencia crítica democrática, de modo especial entre estudiantes universitarios que en algunos se hace en esos años plural y genéricamente socialista. Tras la reacción y el drástico frenazo por el dictador de esta tímida liberalización, se hará más fuerte y más coherente esa cultura de la oposición frente a las miserias de un régimen que –en el nuevo contexto internacional– intentaba por su parte disfrazarse de democracia “orgánica” y, enseguida, de autoritarismo (que no totalitarismo) para el desarrollo; después, incluso, como Estado de Derecho.

Recordemos que en todos aquellos años se habían publicado de Julián Marías, desde *Historia de la Filosofía*, ya en 1941, a *Ensayos de teoría* y *Ensayos de convivencia* (ambos en 1955); de Laín Entralgo, *España como problema* (1949) o *La espera y la esperanza* (1957); de Aranguren, *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* (1952), *El protestantismo y la moral* (1954) o su *Ética* (1958); de Tierno Galván, *El tacitismo en las doctrinas políticas del siglo de oro español* (1948), *Sociología y situación* (1955) o *La realidad como resultado* (1956); de Tovar, la *Vida de Sócrates* (1947), o de Dionisio Ridruejo, la recopilación *En algunas ocasiones. Crónicas y comentarios 1943-1956*, editados conjuntamente ya en 1960. No son más que una pequeña muestra de obras que, recuerdo, nos (me) fueron muy útiles para esa toma de conciencia crítica, liberal y democrática así como también otras de historiadores y sociólogos o de poetas, novelistas y dramaturgos.

A pesar de todo, a pesar de la dictadura, la gente iba atreviéndose. No todo era igual en la España de aquellos años: diferenciarlo, sin fundir ni confundir las cosas y las personas, es –me parece– una obligación, moral y científica, de quien

estudie y quiera hoy comprender bien todo aquello. Leer esos u otros similares libros abría perspectivas, incitaba a la crítica, reconciliaba con la inteligencia, la cultura y el trabajo intelectual: en definitiva, contribuía positivamente a la necesaria reconstrucción de la razón. Este enfrentamiento con el régimen va a ser ya central entre los jóvenes intelectuales en una cuarta etapa del pensamiento español, que cabe acotar entre 1956 y 1962, no sin algunos alegatos de confusa y ambigua relación –lo he señalado a propósito de ciertas simplificadoras interpretaciones de Tierno Galván¹¹– entre esas tan diferentes, opuestas, posiciones del oficialismo y de la oposición política. En todo caso quienes se hacen entonces con todo el poder político son los representantes de esa extraña amalgama de integrismo tradicional con tecnocratismo desarrollista opusdeísta que habían venido a sustituir como fuerza hegemónica dentro del régimen franquista a las huestes falangistas de siempre más proclives a la intoxicación ideológica absolutista. Los tecnócratas invocan en aquella España el dogma del “fin de las ideologías” casi como ocurre hoy utilizando otros lenguajes.

Sobre la base del crecimiento económico –no hay que negarlo, pero tampoco el muy alto y desigual coste social, así como la intolerable falta de libertad (excepto para el capital)– entre 1962 y 1969, quinta etapa a diferenciar aquí, el régimen va a intentar una más firme y segura institucionalización político-jurídica (al fin asumida y frustrada en la Ley Orgánica del Estado de 10 de enero de 1967). Con ello pretende enmascararse y legitimarse ahora ya sin pudor como un Estado de Derecho, abriendo a su vez algunas mayores posibilidades de expresión, muy insuficientes y arbitrarias, que se concretarían en la Ley de Prensa e Imprenta de 18 de marzo de 1966. Esta proporcionó, es cierto, alguna mayor permisibilidad en las publicaciones periódicas y de libros, aunque todavía –recuérdese el famoso artículo segundo– con fuertes inseguridades, discrecionalidades, “penalidades” y sanciones (multas, secuestros, etc.) a la hora de su interpretación y aplicación, cuando no causa más o menos encubierta de represiones policiales y/o universitarias, como resultado de tales actividades cuando la autocensura no funcionaba como era debido.

Ya antes de esta ley, entonces llamada «ley Fraga», pero en el relativamente algo más abierto contexto del momento –no se olvide, de todos modos, que en 1963 se ejecuta a Julián Grimau, que en 1965 se produce la expulsión de Tierno, Aranguren, García Calvo, Aguilar Navarro y otros profesores de la universidad, que en 1968-1969 se endurece de nuevo y definitivamente la represión– nuevas revistas culturales y políticas que van a comenzar a publicarse, o republicarse, por entonces, contribuyeron muy positivamente por su significado crítico y su plural orientación democrática a esa cada vez más en progreso reconstrucción de la razón: entre otras, de esas revistas habría que mencionar aquí principalmente

¹¹ Sobre Enrique Tierno Galván, junto con Aranguren, quizás los intelectuales españoles más influyentes en las generaciones universitarias de esos años, véase el libro de MORODO, Raúl, *Tierno Galván y otros precursores políticos*, Madrid, Ediciones El País, 1987; y el número monográfico de la revista *Sistema*, 71-72 (junio de 1986), en recuerdo suyo: había fallecido, recuérdese, el 19 de enero de ese mismo año 1986.

Cuadernos para el Diálogo, fundada en 1963 por Joaquín Ruiz-Giménez, y también, de nuevo desde ese mismo año, la más teórica, menos política, *Revista de Occidente*, creada por Ortega y Gasset en 1923 y que había dejado de publicarse en 1936 con el comienzo de la guerra civil¹².

Los límites de lo que podía por entonces decirse en nuestro país (aunque cabía que ese límite fuese agrandándose, no sin esfuerzos, día a día y así de hecho se fue haciendo), ese límite lo marca por entonces con toda evidencia el que fuera de España tuvieran que publicarse otras revistas españolas como *Realidad* (en Roma, desde 1963), *Diálogos* (en México, desde 1964), *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, por un lado, y *Mañana*, *Tribuna Democrática Española*, por otro, en París, estas dos últimas, desde 1965. Entre ellas, de modo especial, en *Cuadernos para el Diálogo* y – diferente, por supuesto– en *Cuadernos de Ruedo Ibérico* pueden encontrarse aportaciones interesantes para el pensamiento socialista de aquellos años, junto al de otras tendencias democráticas, a la vez que desde fuera *Realidad* (y en el interior *Triunfo*) se movían más en la línea del ya denominado eurocomunismo.

No se trata aquí de repetir, ni siquiera en forma resumida, la historia del franquismo/antifranquismo en todas esas sus facetas de carácter político e intelectual; tan sólo se han querido destacar y recordar algunas de las principales aportaciones que, en estos aspectos concretos, el trabajo de los intelectuales, la cultura de la oposición (bajo el régimen dictatorial) haya podido trasladar a la cultura de la transición (hacia la democracia actual). Desde esta perspectiva habría que concluir esta breve narración con una sexta etapa, 1969-1975, los años de la crisis final.

El franquismo terminó mal, como había empezado. Tras la década de los sesenta, de desarrollo económico y alguna relativa apertura o permisibilidad de orden político y cultural, lo que desde 1968-1969, no sin contradicciones y ambigüedades, se va a producir en el país –con influencia también de la crisis económica transnacional– es un claro estancamiento e, incluso, enseguida, una involución general, con endurecimiento continuo de la situación. Y puede decirse que ese va a ser hasta 1975 el clima predominante: leves intentos de avance y apertura, inevitablemente frustrados, con decisivos retrocesos, constantes “estados de excepción” y gran aumento de la represión en los momentos finales, con ejecuciones en grupo y justa indignación en la común protesta internacional. Pero al margen de lo oficial, y frente a ello, la sociedad civil se hace más fuerte en esos años, y más conscientes e imparables sus constantes demandas y exigencias

¹² Sobre *Cuadernos para el Diálogo* pronto tendremos publicado, en este mismo 2005, el libro de Javier Muñoz Soro –revisión de su excelente tesis doctoral–, primer estudio de fondo sobre la historia y los contenidos principales de aquella influyente revista. En estos encuentros sobre *Intelectuales y franquismo*, yo también me ocupé de algunas circunstancias de la vida interna y externa de ella, diferenciando dos grandes etapas: la más genuina y coherente, de 1963 a 1969; y una segunda (1969-1976) con crisis y tensiones internas (como la derivada del golpe contra el gobierno democrático de Salvador Allende en Chile), recuperada del todo la fundamental concordia de la revista tras la muerte del dictador y el proyecto común y plural de una Constitución democrática para España.

democráticas en favor de la libertad política y sindical, por la autonomía de regiones y nacionalidades y por la recuperación de la pluralidad lingüística y cultural.

En este largo proceso de reconstrucción de la razón estaría también el viejo y, a pesar de todo, fructífero debate y diálogo de aquellos años entre razón analítica y razón dialéctica; o, después, entre las anteriores y la razón ilustrada y finalista, por un lado, y los nuevos irracionalismos, más o menos nihilistas, neonietzscheanos o postmodernos surgidos o retornados con fuerza en estos últimos tiempos, por otro. Un capítulo importante de este apartado lo constituiría, claro está, el tratamiento de las exigencias y limitaciones internas de la razón científica y, en relación con ella —relación de afirmación y de negación—, el de su complementariedad con los postulados de la razón práctica, así como el de la superación de ambas reducciones científicista y voluntarista por las vías siempre abiertas de la razón crítica. Con, sin duda, importantes —no masoquistas ni autoflagelantes— insuficiencias y limitaciones metodológicas, y de otro tipo, respecto de todas estas polémicas y tensiones, a mi juicio hay, no obstante, buenas muestras representativas en la filosofía española de estos últimos tiempos. Y todas ellas pueden —creo— contribuir a la mejor construcción de una razón, de una racionalidad, que no se reduzca a ningún tipo de ideológica racionalización.

c) Recordemos también cómo en aquellos años, en los que con estos ámbitos intelectuales se está preparando el cambio hacia la democracia, se va soldando asimismo de manera definitiva la fractura y la distorsión con el pasado cultural y político español, especialmente con el de carácter más crítico y heterodoxo, que había producido la guerra civil y el régimen franquista. La recuperación de la vieja cultura liberal y progresista anterior a 1936, y, dentro de ella, también la cultura de orientación democrática y socialista, la recuperación en definitiva de la “memoria histórica”, es algo que en sus presupuestos básicos puede darse ya por plenamente lograda sólo en los últimos tiempos. Pero fue una vez más, desde los mismos años cuarenta, donde esa “memoria” había quedado oculta, perseguida y soterrada, cuando se inicia de manera fraccionada y gradual la posibilidad de dicha recuperación; para las instancias oficiales, sólo lo fue en razón inversa según la “peligrosidad” de sus doctrinas y en proporción directa según las posibilidades de utilización que el régimen veía para su propia legitimación.

Así, el orden de esa a veces dual recuperación habría sido, puede decirse, el siguiente: primero Costa y los costistas, fácilmente instrumentalizados por el sistema desde el principio; después, la generación del 98, reclamada por el pensamiento discrepante como totalidad, es decir, en todas sus manifestaciones, obras y autores, y no sólo en las más unilateralmente integrables e integradas sino, sobre todo, en las de carácter más crítico y heterodoxo; después, Ortega y los orteguianos, que tuvieron asimismo que esperar su tiempo para ser admitidos; mayores fueron las dificultades para los intelectuales, escritores y artistas, de las denominadas generaciones de 1914 y 1927; y más en general para todo el pensamiento conectado, de un modo u otro, con la Institución Libre de Enseñanza, tan duramente atacada en la posguerra y cuya recuperación (no por el

régimen sino por la cultura española) sólo se inicia bien entrados los años sesenta. Por su parte, el debate libre y a fondo sobre los idearios políticos y los hechos determinantes de la Segunda República y la guerra civil, aunque había empezado antes, sólo pudo hacerse aquí con plena publicidad tras la muerte de Franco, con la transición a la democracia. Tal como ocurrió, en no pocas cuestiones, con los exponentes del mejor liberalismo como Azaña, con católicos progresistas como Bergamín y, sobre todo, con los socialistas, desde Besteiro o De los Ríos a Prieto, Araquistain, Negrín o Largo Caballero, junto con los de otras tendencias de izquierda, libertarios, comunistas ortodoxos o heterodoxos, como Andreu Nin, por ejemplo.

Todo ello, que se había cortado drásticamente con la derrota de 1939 y que con gran esfuerzo ha podido ser recuperado y reelaborado por la cultura española (a la búsqueda de las famosas “señas de identidad”) a lo largo de todos estos años, exigía con la democracia un más denodado esfuerzo de ampliación y profundización. No parece sin embargo que se produjera aquí, ni en algunas de las instancias oficiales del país ni en las inmediatas promociones de universitarios e intelectuales, un suficiente estímulo de interés, continuidad y estudio, para una todavía necesaria y más detenida reflexión y profundización acerca de lo ocurrido en el orden fáctico y del pensamiento en estos tan decisivos tiempos de nuestra historia contemporánea. Puede que haya habido, es verdad, motivos —digamos— de oportunidad política, supuestamente derivadas del consenso, para no volver (ni siquiera con el pensamiento) al bélico pasado; pero desde luego que nada justifica, ni a nada bueno conduce, aunque a alguien pueda beneficiar, el olvido de la historia, el desconocimiento de lo que pasó y de lo que hubo que hacer, no digamos su falseamiento o distorsión. De todos modos, hay asimismo que constatar que desde tiempos más próximos se están produciendo fuertes e importantes resistencias entre nosotros a ese ahistórico y acientífico olvido, o distorsión, del pasado; es decir, aumentan, son numerosas y valiosas las aportaciones intelectuales sobre las diferentes dimensiones de ese pasado y presente.

d) La recuperación de todo ese imprescindible pasado exigía, coherentemente, recomponer también en aquellos tiempos la comunicación con sus legítimos continuadores fuera de España; es decir, exigía la reconstrucción de una verdadera comunidad intelectual en el exilio, superando la escisión producida por el dogmatismo, la sinrazón y las persecuciones de la contienda civil. Al puente en el tiempo sucedía, o más bien acompañaba, el puente en el espacio. Tal objetivo implicaba conocer y dar a conocer todo lo que en esos difíciles años venían produciendo lejos de la, para ellos, añorada, casi mitificada, patria los trasterrados españoles (filosofía, ciencias sociales y naturales, literatura y tal vez poesía muy principalmente); acabar entre unos y otros con el muro del silencio o del insulto, destruir de una vez por todas el sectario empobrecedor mito reaccionario de la anti España, mito y dogma maniqueo en el que inútilmente se intentó “educar” a los jóvenes españoles de aquellos primeros tiempos triunfales e imperiales del franquismo.

Desde los años cincuenta —y esto es evidente que contó después, y mucho, para la transición— aún en medio de grandes dificultades e incomprensiones por ambas partes, comienza a manifestarse un nuevo ánimo, un nuevo espíritu de diálogo y de polémica. Entre muchos de los intelectuales de aquí y de allá, del interior y de la diáspora, la guerra civil, sus perniciosos efectos de enfrentamiento y mutuo desconocimiento, había ya terminado tiempo atrás. Ese «pensamiento perdido» del exilio —como lo denominó Max Aub— va poco a poco reintegrándose e influyendo entre los intelectuales del interior a lo largo de todo ese tiempo. Pero será sólo mucho después, desde luego, en la España democrática, cuando se logre la plena recuperación de esa cultura y sea, por lo demás, posible el retorno físico de los exiliados que aún quedaban por volver, los más significados política o intelectualmente. No se ha perdido, pues, ese pensamiento del exilio, pero sí se ha perdido mucho tiempo, produciéndose males y retrasos en amplia medida ya irreparables. De todos modos, el exilio aportaba también aires nuevos procedentes de otras culturas, latinoamericanas y europeas preferentemente, con importantes efectos positivos sobre el interior¹³.

e) Precisamente esa superación del aislamiento intelectual, y no sólo intelectual —tan característico ese aislamiento, tan negativamente definitorio de la España de Franco (mucho más, claro está, en los primeros tiempos)— fue siempre aspiración central, necesidad normal de comunicación, presente en todas las corrientes del pensamiento crítico, pluralista, liberal y democrático. Cambió no poco la situación en ese aislamiento internacional con el desarrollo económico de los años sesenta (turismo extranjero en España, emigración obrera a Francia, Suiza o Alemania, incremento de los viajes de estudio y estancias en universidades europeas y americanas), pero, de un modo u otro, hasta el final subsistió la censura y la absoluta prohibición para ciertos temas, autores o libros (también cine o prensa), provenientes de otros países con culturas y filosofías peligrosas y nefandas, extrañas a nuestras más puras esencias. Reconozcamos, junto a esa interesada xenofobia, que tampoco en esto los discrepantes y heterodoxos del interior disfrutaron de un mucho mejor trato para sus creaciones y publicaciones que respecto de aquéllas que provenían del exterior.

Después ya con la democracia, quizá el riesgo haya sido más bien el inverso: no el aislamiento sino la, más o menos, pacífica invasión. Con la fácil comunicación, en modo alguno desinteresada o neutral, la excesiva dependencia cultural, el relativo cansancio de lo propio, como ya señalé, el resultado podría llegar a ser el abuso de la exégesis, de la glosa repetida y mimética respecto de cualquier cosa que venga del exterior y especialmente de las “modas” impuestas por la poderosa angloamérica o por las grandes transnacionales productoras y difusoras de unas u otras formas de la “cultura dominante”. De todos modos, más vale controlar eso, con los consiguientes problemas e inconvenientes a superar, que caer —desde

¹³ Ver los seis volúmenes de la obra dirigida por ABELLÁN, José Luis, *El exilio español de 1939*, Madrid, Taurus, 1976-1978.

luego— en cualquier tipo de engruimiento localista o de casticismo nacionalista, que de todo hay o puede volver a haber.

f) Esto último se relaciona directamente, aunque no de manera simplista ni unilateral, con uno de los hechos sin duda más relevantes y decisivos en la cultura y en la política de la oposición al régimen dictatorial; después también en la transición y en la España democrática actual, aunque también en las de otras épocas anteriores: me refiero al hecho histórico —después de mil desencuentros e incomprensiones del pasado y de un número no menor de encuentros forzados y unificaciones mal asimiladas— relativo a la afirmación y reconocimiento de la pluralidad lingüística, cultural y política de las regiones y nacionalidades hispánicas. Es decir, el paso progresivo y siempre abierto a esta situación caracterizada por una más auténtica, realista y justa expresión cultural de sentido pluralista (con, entre otras cosas, normalización del catalán, vasco y gallego como lenguas oficiales) desde la anterior ficción uniformista y empobrecedora de una sola cultura nacional (otrotra pretendidamente “imperial”) expresada exclusivamente en castellano e impuesta muchas veces por quienes no lo eran (castellanos). Y, a la vez, el paso desde el correlativo Estado centralista, reafirmado dictatorialmente por el franquismo, hacia el Estado de las autonomías diseñado con cierta comprensible y mejorable complejidad en la Constitución actual.

No obstante, como no podía menos de ser, junto a lo positivo de todo ello, también en este nivel hay riesgos evidentes de localismos acrílicos y aislacionistas, de comunitarismos absorbentes y excluyentes, de “nuevas” entificaciones místicas de lo colectivo regional-nacional, de idearios patrioterros y ultranacionalistas. Estos se confunden unas veces —por su culto a la violencia— con movimientos de apariencia “progresista” y revolucionaria; pero en otras se advierte que a lo que aspiran es, sin más a una paradójica amalgama con los intereses del capital transnacional. Quizás una España plural, incluso federal, en la Unión Europea actual pueda ser para el ya previsible cercano futuro la flexible salida y la solución de estos y otros fraccionamientos insolidarios, de estos falsos refugios evasivos —la floración de la tribu y hasta de la raza— ante la pérdida, también en nuestros días, de la individualidad personal, de la solidaridad colectiva y hasta de la misma perspectiva de la común humanidad.

f) Íntimamente vinculado a todo lo anterior, en este breve resumen sobre cultura y política desde la oposición a la transición, y en la situación democrática actual, habría por último que destacar —ya casi como un ejercicio de interna autorreflexión, como filosofía de la metatransición— los trabajos y las aportaciones surgidas y llevadas a cabo al hilo precisamente de la construcción específica de la democracia en nuestro país. Ya durante, bajo, contra, el franquismo se habían planteado y debatido muchos de los caracteres y problemas generales, ideológicos e institucionales de los regímenes democráticos, sus requisitos y exigencias, sus diferencias y substanciales divergencias con, por ejemplo, la espuria “democracia orgánica” o los paralelos intentos de falsificación del Estado de Derecho, o incluso del mismo Estado social (que, advirtamos, para serlo de verdad, exige un suficiente respeto a la libertad). Pero es, sobre todo, con la transición y en la democracia

actual cuando se pasa ya plenamente de esa imprescindible teoría general unificadora de todos los antifranquistas, a una más amplia elaboración y difusión de estudios específicos, más fraccionados y concretos, sobre cada uno de los nuevos y viejos partidos políticos, de sus plurales tendencias, ideologías y programas de acción que pronto entrarían en liza electoral, así como de los movimientos sindicales, e incluso personalmente de los diferentes líderes de unos y otros, con biografías, comparación y debate de perspectivas, etc. Todo ello contribuyó, sin duda, a que fuera alcanzándose por entonces una mayor (nunca del todo satisfactoria) madurez política y social.

Algo de todo esto me parece que define e identifica, con sus logros y sus insuficiencias, a la cultura y a la política de la España de los últimos tiempos, desde la lucha contra la dictadura hasta la transición que ha conducido a la actual consolidación de la democracia. Y al entendimiento de esta, entre los intelectuales críticos, como aspiración a una democracia deliberativa, representativa y cada vez más realmente participativa. Quería resaltar aquí todo esto para ayudar a recuperar, y a no olvidar, esa “memoria histórica”, ese trabajo de la cultura, y también como base para una reflexión crítica sobre lo conseguido y lo que –para el futuro– queda aún por conseguir. Que no se olvide la memoria histórica pero que paradójicamente no se olvide tampoco la memoria, el conocimiento de los estudios, de lo que se ha hecho y se está haciendo para recuperar aquella memoria histórica.

Nota final

De los años anteriores a 1956 se ocupan fundamental aunque no exclusivamente dos importantes y polémicos libros recientes: el de Jordi Gracia, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, y el de Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*. Me parece que por talante o actitud de mayor comprensión y generosidad (ese es también un significado de “liberal”), de mayor objetiva complejidad, me encuentro más cerca del primero que del segundo: aunque yo no reconocería –como tampoco Jordi Gracia– una continuidad estrictamente *política-liberal* entre los verdaderos liberales de la República y los, así denominados, “falangistas-liberales” de la posguerra. Respecto de estos, todos (o casi todos) los jóvenes universitarios demócratas de entonces éramos conscientes del “oximoron” o, para decirlo con nuestro lenguaje, de la “interna contradicción”. Santos Juliá se encela, pienso, en exceso con la aranguniana expresión que utilizábamos principalmente a modo de genética descripción. De la obra de Santos Juliá discrepo en este punto sobre todo por la (casi) equidistancia ilegítima que establece entre los “grandes relatos” (metodológica obsesión) alojados en la *España como problema* (Tovar y Laín) y en la *España sin problema* (Calvo Serer y Pérez Embid). Viejas historias sin duda pero todavía, creo, con interés y hasta presencia actual. Y también discrepo de la aparición tecnocrática y neutralista que se hace de un Laureano López Rodó lográndose adoptar casi como nuevo eficientista mesías –con el más rancio e integrista catolicismo detrás– por Luis Carrero Blanco, el reaccionario almirante “alter ego” del superlativo general. No se olvide que también la oposición

democrática tenía planes económicos, por lo demás más coherentes y racionales: le faltaba, claro está, el poder político para “implementar”, para llevar aquellos a la práctica real.